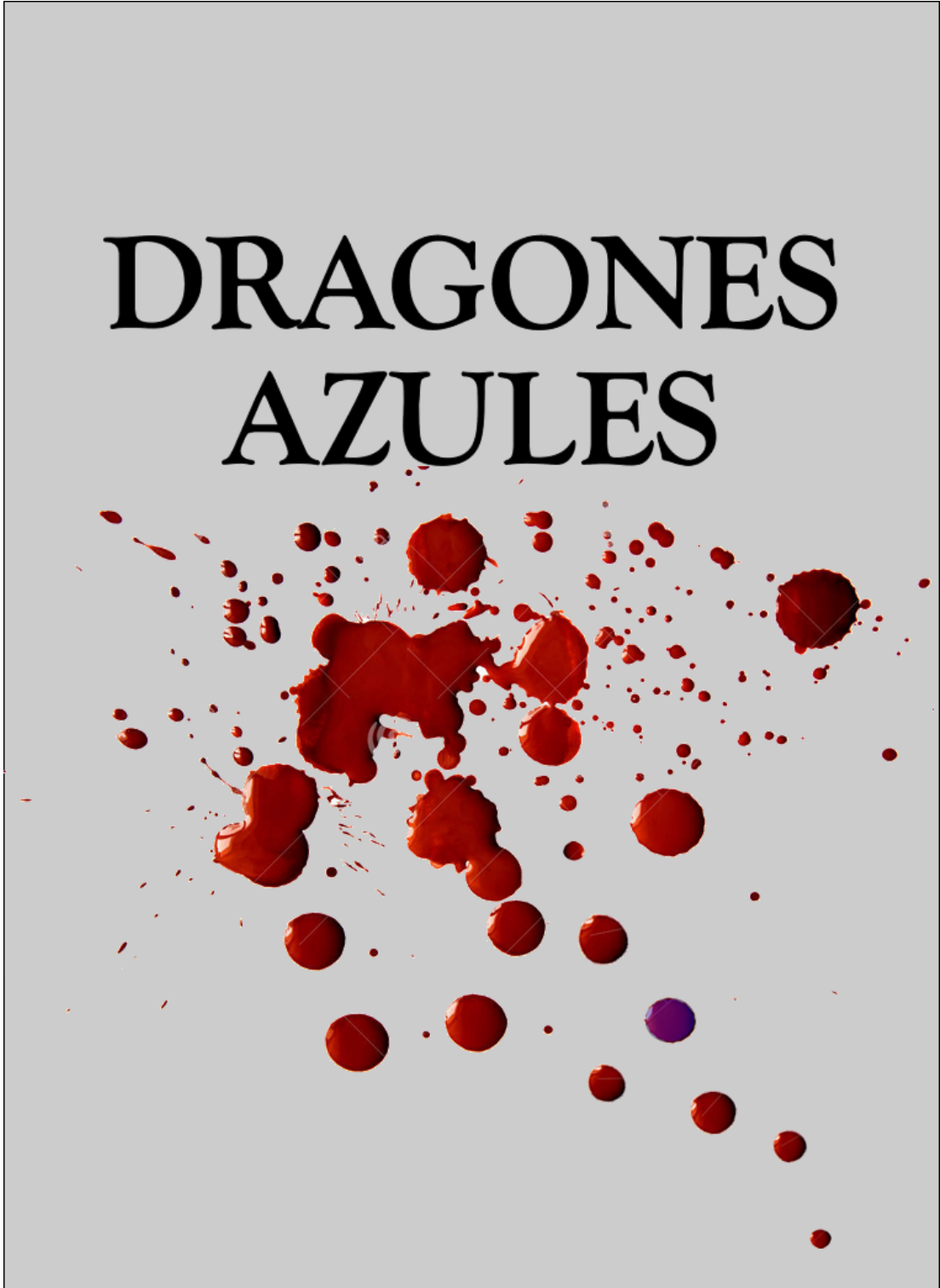


Dragones azules

Vicente Marí Juan

DRAGONES AZULES



Capítulo 1

PROLOGO

Dicen que ser es pertenecer a alguien. Si también se puede pertenecer a algo, yo pertenezco al *Cuerpo*. Soy policía. Como mi padre antes que yo. Desde que tengo uso de razón he querido ser policía. No es un trabajo como los demás. Es mi vida. Muchos compañeros dirán lo mismo. Cuando termina la jornada no fichas, te vas a casa, te reúnes con tu familia y te olvidas de todo. No funciona así. Cuando termina la jornada intentas que todo sea sereno y tranquilo, pero no olvidas. Porque no se puede olvidar el drama y la crueldad que encuentras en este trabajo. No se puede olvidar aquel bebé recién nacido tirado en un contenedor envuelto en una sábana sucia y ensangrentada que ha muerto de frío durante la noche. No se puede olvidar aquel que un día conociste y que de repente encuentras convertido en cadáver con una jeringa colgando del brazo y una mueca desencajada en el rostro. Como tampoco se puede olvidar a ese hombre desesperado que se ha rociado de gasolina y se ha prendido fuego con el único propósito de escapar de su propia existencia.

Tengo cuarenta y siete años y he visto de todo en los más de veinticinco que he estado en el *Cuerpo*. Mi padre solía decir que todos los policías tienen un caso que no pueden olvidar. Es cierto. La mayoría son casos que nunca alcanzaron a resolverse y otras veces son hechos sin sentido o de extrema brutalidad que han generado una tragedia que toca tu sensibilidad. Cuando has estado en el *Cuerpo* tanto tiempo, son muchas las imágenes que rondan tu cabeza y siguen ahí con el paso de los años, inalterables y violentas como el plomo que por primera vez te atravesó la carne y dejó la cicatriz que alteró tu cuerpo. Eso te transforma, cambia la perspectiva del mundo que te rodea y la gente que está en él. Cuando eres policía y trabajas en la calle, tienes acceso a muchas tragedias que sacuden tus entrañas y te calan sin puedas hacer gran cosa por evitarlo. Intentas que no te afecte, pero es fácil que alguna de esas desgracias te llegue al corazón.

Cuanto más tiempo pasas en el *Cuerpo*, más fuerte es la tendencia que desarrollas hacia el alcohol y la expiación verbal. Supongo que ambas cosas anestesian la culpa y los recuerdos. Cuando se jubiló Miquel, uno de los veteranos que tuve en Sants, confesó entre copas que nunca había olvidado la imagen de una niña de ocho años tendida en medio de la calle, sobre un gran charco de sangre, a la que habían cortado el cuello como si fuera mantequilla. El corte era brutal. Casi le había separado la cabeza del cuerpo. Recordaba nítidamente su vestido blanco con florecillas, su mirada apagada, aquel cuerpo ladeado, su brazo estirado intentando llegar al portal de su casa... Era una calle normal de un barrio de obreros. No tenía

nada de especial salvo aquel cadáver tirado en la calle. El rastro de sangre que había dejado sobre el asfalto apenas tenía diez metros. El cuerpo sin vida tendido en plena calle y nadie había visto y oído nada. No se encontró al autor. Hubo varios sospechosos pero la investigación no llegó a nada sólido y cayó en un punto muerto. Se interrogaron a familiares y vecinos, pero nunca se descubrió quién había sido. Era su asignatura pendiente. El caso que le perseguía. El que nunca había conseguido olvidar.

–Han pasado más de treinta años desde entonces, pero esa imagen sigue ahí –murmuró meneando la cabeza antes de apurar un trago largo en un vaso de plástico–. Todos los días de mi vida veo la expresión de su rostro. Ahí está, con los ojos apagados, como de cristal, mirándome, pidiendo justicia. Ese cuerpo tan joven bañado en sangre, tirado en la calle como si fuera basura es algo que no se olvida. Va contigo el resto de tu vida. Aquella mirada tan joven e inocente. Cuando me despierto a las cinco de la mañana veo su cuerpo desde el aire, como si fuera su alma flotando sobre nosotros, sobre la escena, mientras fotografiamos su cuerpo sin vida. Cambiaría todo lo que tengo por saber quién lo hizo y porqué –hizo una pausa y me miró fijamente–. No dejes que eso te ocurra, muchacho. Dejas de vivir, de ser tu mismo. La culpa te devora por dentro, centímetro a centímetro, hasta que te consume por completo y no queda nada de tí. Como un gusano en una manzana.

Vaso tras vaso, en un par de horas apuró media botella de whisky, buscando escapar de aquella imagen, de aquel recuerdo sangrante. Pero nadie escapa de eso. A pesar de los años transcurridos recordaba aquellas palabras con cierto sabor amargo. Los surcos de su piel hablaban de preguntas sin respuesta, de impotencia, de casos sin resolver... Yo he sido testigo de muchos dramas y consecuencias de malas decisiones. Algunos lo atribuyen a la mala suerte, pero no se trata de eso. Cuando alguien decide empuñar un arma y disparar a otra persona, esa decisión cambia no sólo su vida, sino también la de los que hay a su alrededor. Eso te transforma. Mucho de lo que antes te definía se pierde. Como un tren cuyos vagones descarrilan en pleno desierto. Deja de importar quién eres y se centran en lo ocurrido. Sé de lo que hablo. En eso consiste mi trabajo. Sólo los hechos. Lo demás es secundario.

En la academia te preparan para hacer cumplir la Ley y seguir vivo, para servir y proteger, también para reaccionar y disparar, pero no para lo que ocurre después. Apretar el gatillo marca un antes y un después. Ningún entrenamiento te prepara para eso. Es una decisión que no te pertenece, sino a la que te ves abocado. Hace tiempo que dejé de pensar en ello. Me consuela pensar que hice lo que tenía que hacer para sobrevivir. Con el tiempo aprendes a vivir con eso, pero no olvidas. Sólo lo apartas de tu cabeza. Lo metes en un cajón de tu cerebro y tratas de no

volver a abrirlo, aunque sabes que está ahí.

He conocido el dolor y el sufrimiento ajeno, pero lo que más impresiona de este trabajo es descubrir la clase de ciega locura que impulsa a una persona normal y corriente cuando está desesperada y no encuentra una salida. Ocurre constantemente. Personas normales en una situación anormal. Un buen policía no siente como una persona normal. Somos libros abiertos en carne viva. Es mucho peor el vacío que se forma en tu interior que el que se abre bajo tus pies. Ambos pueden matarte de distinta forma.

Cuando decides ingresar en el *Cuerpo*, lo haces por vocación, porque quieres ayudar a los demás. Sabes que será difícil, pero tu determinación es mayor. Sabes que habrá momentos que pondrán a prueba tu fortaleza y tu integridad. Vivirás cosas que la mayoría nunca experimentará. Tragedias incomprensibles que se cobrarán vidas inocentes. Muertes inexplicables y sinrazón que podrían haberse evitado. Tenía miedo de que alguna de esas imágenes se incrustara en mi retina y quedara allí, pétrea e inamovible, grabada bajo capas carne, huesos y emoción contenida. No tenía miedo a hacer mal mi trabajo. Tenía miedo a consumirme lentamente bajo el asfixiante peso del remordimiento y la culpa por no haber evitado una desgracia. Había conocido compañeros cuya alma había ido erosionándose, consumiéndose lentamente por esa causa y no estaba dispuesto a que me ocurriera lo mismo.

Un buen policía siempre está de servicio. Las veinticuatro horas. No importa si estas en comisaría, en la calle, en tu casa o el día de Navidad en una reunión familiar. Si tu compañero te llama, acudes. Así es como funciona. El *Cuerpo* requiere dedicación absoluta, no tolera otra clase de injerencias. Es difícil mantener una relación estable con alguien sin que este trabajo acabe provocando una fractura. La mayoría de los compañeros que conozco están divorciados y con hijos. Yo pertenezco a esa mayoría. Marc y Sergi fueron el fruto de trece años de largo y tortuoso matrimonio más por su parte que por la mía. De mi ex mujer no voy a hablar más que lo absolutamente indispensable. Esa es toda la concesión que voy a hacer en cuanto a mi familia. No obstante, compensaré este hecho hablando de mí. No tengo problema en airear mis miserias, sobre todo cuando la prensa ya ha destapado buena parte de ellas._

Si hay algo que enseña este trabajo es que Ley y Justicia a veces no son lo mismo. La Policía hace cumplir la Ley y mantiene el Orden. La Justicia es otra cosa distinta. Tampoco es lo mismo lo que quieres que lo que necesitas. Ser policía es un trabajo exigente, muchas veces te afecta y te obliga a tomar decisiones que tal vez nunca deberías tomar. Al fin y al cabo, detrás del uniforme y la placa hay personas.

Quiero dejar algo claro antes de continuar. No quiero que el lector se confunda: Este libro trata sobre el caso de Jessica Castro y mi relación con él. Si sus pretensiones son otras, aquí no lo encontrará. No estoy escribiendo esto para hablar de mí. Persigo otro fin: desvelar la verdad sobre ese caso y mi participación en el mismo. Quizá en algunos momentos, este testimonio sea más personal que profesional, pero lo hago así para que se entienda todo con más claridad. Gracias a mi abogado y a una serie de contactos he tenido acceso a la más completa y exhaustiva información sobre el caso. Me he apoyado en esta documentación para contar mi experiencia con mayor detalle.

Inevitablemente llega un momento en la vida de cada uno en que, por uno u otro motivo, nos enfrentamos a lo que somos. Jean de la Fontaine dijo que *"encontramos nuestro Destino en los caminos que tomamos para evitarlo"*. No trato de justificarme. Lo que hice, para bien o para mal, ya está hecho y es irrevocable. En ningún momento tuve miedo de las consecuencias de mis actos. Me aterraba más el hecho de no haber actuado cuando debía y no haber podido evitar el dolor y la tragedia que eso hubiera causado en el futuro. Ahora, dos años después, puedo asegurar que el caso de Jessica Castro, al que la prensa acabó refiriéndose con el romántico y sensacionalista titular de *"Dragones azules"*, no fue el más difícil al que me había enfrentado. De hecho, fue un asunto bastante simple. Nadie esperaba que se complicara tanto ni que generara tanta polémica, ni mucho menos que se resolviera de aquella forma. Si llegó a aquel extremo fue por causas ajenas a las estrictamente policiales. Durante semanas conté con una ventaja: Sabía cómo iba a terminar todo. Lo que no sabía eran los detalles que nos abocarían a todos ese inevitable final.

El desenlace del caso, como todo el mundo ya sabe, fue polémico. Pero lo que la mayoría ignora es que este caso llegó a mí ya siendo polémico. Difícilmente podía tener otro final. Con el paso del tiempo muchos medios acabaron por tergiversar lo que ocurrió, y otros, a pesar del tiempo transcurrido, todavía continúan haciéndolo. Pese a existir una versión oficial, en el último año han ido apareciendo otras interpretaciones que únicamente quieren desprestigiarme. Lo cierto es que ha llegado un momento en que eso ha dejado de importarme. No obstante, tenía que hacer algo y por eso escribo esto. Lo que voy a contar aquí es la verdad absoluta. Gran parte de todo esto está documentado y puede verificarse. No es mi verdad ni la de nadie. Y el lector lo sabrá porque posiblemente algunas cosas que leerá no le gusten. A mí tampoco me favorecen ciertas cosas que voy a contar, pero si voy a escribir esto es para decir la verdad. No persigo otro fin. Esto no es por dinero. En todo caso servirá para expiar mi alma. Es mi confesión.

Algunos periódicos fueron especialmente crueles con lo que ocurrió. Medios de tirada nacional dibujaron un retrato de mí alejado de la realidad. Trataron de manipular a la gente, distrayendo su atención,

presentando oscuros episodios de mi pasado que poco o nada tenían que ver con el caso. No fue por casualidad. Todo responde a una campaña de desprestigio orquestada estratégicamente. A estas alturas todo el mundo sabe que había –y hay todavía– poderosos intereses alrededor del caso. Un selecto grupo de empresarios adinerados e influyentes manejan intereses que van más allá de lo estrictamente económico y controlan uno de los mayores colosos de la comunicación, que engloba un periódico de tirada nacional, varias revistas, dos radios y una cadena de televisión nacional, además de participar en operadores de telefonía móvil. Este conglomerado, casualmente, es el que más esfuerzo ha realizado para desacreditarme y presentarme como alguien sin escrúpulos ante la opinión pública. Desgraciadamente, el dinero compra voluntades e incluso puede silenciar la verdad. Sabía que esto pasaría. Lo supe antes de que todo se precipitara a aquel final. Era un riesgo, pero yo no podía hacer otra cosa. Si llega a la última de estas páginas, estoy seguro que lo entenderá.

Alguien me aconsejó que no guardara silencio ante aquella avalancha de medias verdades, atrocidades y desprestigio, que diera la cara, que contara mi versión, que hiciera algo. No he hecho caso nunca de esa clase de soluciones, pero creo que, al margen de eso, considero que todo aquel que lo desee merece conocer lo que tengo que decir. Hace más de un año rechacé una generosa oferta para que escribiera un libro sobre el caso. Ponían a mi disposición un escritor que me haría preguntas y escribiría el texto. No me sedujo la idea. En realidad, no confío en nadie. Como he dicho antes, había demasiados intereses buscando desestabilizarme. No podía confiar en que otros cuenten una verdad que, de algún modo, me pertenece. Supongo que eso es algo que me corresponde a mí. Ahora sé que debo ser yo el que cuente la historia, con mis palabras, sin intermediarios. Sé que eso no gustará a ciertas personas a las que tengo aprecio y lo siento por ellas. He aceptado quién soy, lo que he hecho en algunos momentos de mi vida y me tolero bastante bien.

Aunque después muchos mandos oficiales me desprestigiaron, criticaron y minimizaron mi participación en el caso de Jessica Castro, lo cierto es que sin mí, probablemente no habría habido caso. Ahora, con la perspectiva que ofrece el tiempo, comprendo que era mi sino estar ahí, en el momento justo en que todo ocurrió. No albergo ninguna duda al respecto. Algunos lo llaman casualidad, pero yo no puedo creer en eso.

Fue mi intervención en un primer momento lo que provocó lo que ocurrió después. Sin mí, aquel caso seguramente todavía estaría metido en una caja esperando a ser resuelto. Pienso en ello a menudo. Me pregunto qué habría pasado si no hubiera abierto aquel expediente, si hubiera sido otro el que llevara la investigación. Quizá habría sido todo diferente. O tal vez no. Todo eso son preguntas cuya respuesta se ha llevado el viento. Cuando me preguntan si ahora actuaría de otra forma les respondo que no cambiaría nada. Tengo mi conciencia tranquila y ese

es el mejor juez. El único juez.

Este caso significó el fin de mi anonimato y también de mi carrera. El caso de Jessica Castro supuso un antes y un después en mi vida en muchos aspectos. Yo tomé mis propias decisiones, y mis actos engendraron reacciones y consecuencias. Lo que hice generó una condena, aunque en este caso, mi castigo había empezado mucho tiempo antes. Considero importante hablar de la cadena de acontecimientos que me llevaron de a Madrid y la atmosfera que rodeaba mi persona. Hablaré de eso como también hablaré sobre qué o quienes nos llevaron a todos a aquel final.

Como verán a continuación, el libro está distribuido en distintas partes que explican las fases del caso de forma clara. He meditado mucho sobre si incluir a un gran desconocido para el gran público, pero en cierto modo, importante para conocer lo que pasó. Es justo e incluso necesario que hable de él y vínculo que manteníamos, ya que sin él, esta testimonio no estaría completo. Por seguridad he alterado algunas cosas. He cambiado su nombre aunque sé que se reconocerá en estas líneas. Le he llamado Kevin. Cuando le conocí tenía ocho años.

Escribir esto me ha mantenido ocupado. El tiempo pasa despacio. Leer, hacer ejercicio y escribir en esta Olivetti son formas de ocupar mi tiempo en este éxodo en el que me encuentro. Quizá crea que por mi forma de hablar se pueden deducir algunas cosas, pero nada más lejos de la realidad. A veces, cuando más cerca creemos estar de la verdad, más alejado nos encontramos de ella. He escogido las palabras con mucho cuidado, de forma que no saque conclusiones todavía. Hágalo cuando conozca toda la información.

Al final todo se reduce a una cuestión de confianza: He de advertir que lo que van a leer, en algunos momentos, chocará de lleno con la versión oficial y lo que cuentan algunos medios. Usted decide a quién creer. Siempre hay, al menos, dos versiones de la misma historia: La versión oficial y la realidad.

No sería Albert Bosch si cediera la última palabra a la infamia y la mentira. No sería quien soy si dejara que otros silencien la verdad.

I

Todo empezó antes incluso de mi llegada a la comisaría de Madrid Sur. Había empezado en la navidad de 2006 con la desaparición de Jessica Castro, una joven a la que faltaban unos meses para obtener la mayoría

de edad. Sin embargo, no fue hasta seis años después, a finales de 2012 cuando el caso adquirió relevancia nacional, aunque aún tardó unas semanas en resolverse. Lo hizo gracias a mí. Aunque haya a quién no le guste reconocerlo, yo fui quien encontró lo que hasta entonces había pasado inadvertido para los investigadores que habían trabajado en el caso. Esa conexión, aquella aparente trivialidad, fue lo que el caso necesitaba para desencallarse y salir del prolongado letargo en el que se encontraba. Y ese no es el único mérito que pueden atribuirme.

En lo que a mí respecta, el caso de Jessica Castro empezó un mes y medio antes de que me incorporara al Grupo de Personas Desaparecidas. Empezó a mediados de noviembre de 2011, cuando hice méritos para mi traslado a la comisaría de Madrid Sur. Todavía recuerdo aquella gélida noche en la que todo el castillo de naipes que componía mi vida acabó por derrumbarse estrepitosamente.

Estaba en crisis. Quiero dejar esto bien claro. El caso de Jessica Castro no me consumió como tantas veces se ha dicho. Al contrario: me permitió tocar fondo y me entregó una excusa para volver a sentirme policía. Hacía años que una desesperación oscura y perniciosa me consumía. Llegó en un momento crítico y envenenó una etapa crucial de mi carrera. Dejé de creer en el sistema judicial. No era algo nuevo. Podríamos buscar las razones en ciertos aspectos que inevitablemente acompañan este trabajo. Puede decirse que durante años estuve en tránsito hasta que, un día, llegué a un punto en que casi todo por lo que había luchado en mi vida dejó de tener sentido. Perdí la fe en la Justicia, no en mi trabajo. Siempre he dicho que mi declive fue más profesional que personal. Supongo que eso fue lo que más tarde provocó el desenlace que ahora todos conocen. Llevaba años desmoronándome y en algún momento ese hundimiento tendría que evidenciarse.

Mi vida en Barcelona era tranquila. Hacía poco más de un año que había sido reasignado a un nuevo departamento. Por aquel entonces me dedicaba a resolver robos de cierto calado. Mis compañeros en aquel grupo, a pesar de su comprensible reticencia inicial, me habían acogido bastante bien. Sus reservas estaban justificadas. Mi reputación me precedía. En los últimos años había adquirido la costumbre de cometer numerosas torpezas –muchos compañeros considerarían esto un enorme eufemismo– que, en consecuencia, habían ido dejando un visible rastro de problemas, convirtiéndome en un tipo incómodo, conflictivo y difícil de llevar. Tenían razón en todo eso.

Puede que ahora suene estúpido decirlo, pero hubo un tiempo en el que mi carrera apuntaba muy alto, aunque eso hace ya mucho que pasó. Ser policía es un trabajo duro y sacrificado. Las calles son una jungla que tiene sus propias reglas y sus peligros. Tiene su propio ecosistema. Al margen de las víctimas, a diario muchos policías se ven obligados a relacionarse con una extensa fauna de personajes: Famosos de todo tipo,

empresarios adinerados, políticos ambiciosos, miserables que han dejado de importarse a sí mismos y delinquen como una forma de supervivencia, mafiosos sin escrúpulos que se dedican al tráfico de drogas, la prostitución y la violencia sin ningún tipo de compasión que se ocultan bajo una fachada de honestidad y respetabilidad, y por último, tipos que delinquen porque no saben vivir de otra forma. Podría decir que "Manny" era uno de esos últimos.

Tenía sobre la mesa varios casos que se habían atascado. Uno de esos casos comprometía a Manuel Ortega Gonçalves, más conocido como "Manny", un antiguo sospechoso de varios robos con violencia. Su historial era kilométrico. Había sido interrogado por varios golpes de importancia y seguramente era responsable de todos y cada uno de ellos, aunque nunca había sido acusado formalmente. Era bueno y actuaba con un socio, Osvaldo, casi veinte años mayor, quien había tomado al chico bajo su protección hacía varios inviernos. Osvaldo era el cerebro y "Manny" el músculo que ejecutaba los golpes mientras el viejo coordinaba y vigilaba. Los dos eran conscientes que se habían convertido en el objetivo de la policía y eran muy cuidadosos. Durante los nueve años que duró su asociación se hicieron con jugosos botines, aunque vivían sin lujos y sin llamar la atención hasta que Osvaldo murió de un ataque al corazón a los sesenta y tres años. Su pérdida fue un punto de inflexión para "Manny". Dejó de hacer trabajos y su vida se encauzó. Vivía con una chica y parecía que había dejado la profesión. Supongo que los tipos como él se retiran hasta que se les acaba el dinero o algo les empuja a regresar.

Un año antes su nombre se relacionó con una banda especializada en grandes robos que operaban por todo el país. Obras de arte, coches de lujo, joyas e incluso drogas. Dos años atrás esa misma banda se hizo con un contenedor que transportaba casi ochocientos kilos de cocaína de unos colombianos en el puerto de Valencia. Normalmente realizaban trabajos limpios en los que no saltaba la alarma, no había tiros ni heridos. El robo de Valencia fue tan espectacular que incluso apareció en las noticias. Algo en el plan salió mal: Hubo disparos, heridos, persecuciones en coche y durante las dos semanas siguientes fueron apareciendo cadáveres que supuestamente estaban relacionados con el tema. Gracias a eso supimos que un tal Navas era el cerebro de aquel entramado, aunque todavía no teníamos nada. En la unidad se pensó que Navas podría recurrir a "Manny" para ocupar una de las vacantes que habían quedado libres, pero la idea se descartó. Demasiado tiempo fuera de la profesión. Estaba oxidado y fuera del circuito.

Sin embargo, para sorpresa de todos, a principios de noviembre, su nombre aparecía como uno de los principales sospechosos de haber participado en el asalto con violencia a una lujosa mansión. Aquella revelación obligó a replantear todas las teorías. Tres asaltantes equipados con pasamontañas y pistolas maniataron a todo el personal del servicio doméstico, los intimidaron y golpearon y les encerraron en una habitación.

Después anularon la alarma y localizaron la caja fuerte. No hizo falta preguntar nada. Tenían planeado cada detalle. Sabían perfectamente donde estaba todo. No estaba claro si primero intentaron abrirla y no pudieron, pero lo cierto es que la arrancaron de la pared –algo novedoso– y se la llevaron, arrastrándola, dejando una profunda cicatriz en el jardín y un notable rastro de pruebas. Pero lo que llevó hasta “Manny” fueron unas gotas de orina que se correspondía con su ADN en el baño personal del dueño de la casa. Había ido a mear y parte del líquido cayó fuera. Aquel rastro húmedo continuaba allí horas después, cuando llegó la brigada científica. Nadie esperaba aquel resultado. Durante años había sido un tipo cuidadoso, pero al final todos cometen errores. A pesar de la fragilidad de la prueba, con eso ya era suficiente para ir a por él. No obstante, el tipo desapareció de los lugares que frecuentaba sin dejar rastro. En un primer momento atribuí esa ausencia a que habían conseguido abrir la caja y se había hecho con un succulento botín con el que podría alquilar un poco de tiempo y algo de tranquilidad. No me preocupó demasiado. Ya aparecería. Cuando el dinero se acaba, todos vuelven sobre sus pasos. Sin embargo, lo que señaló a Ortega definitivamente fue un antiguo miembro del personal de servicio de la casa que había sido despedido un par de meses antes del asalto, que empezó siendo interrogado por mera rutina y que media hora después estaba confesando que había aportado información sobre la mansión aunque en su descargo mantuvo que siempre pensó que se trataría de un robo con sigilo y no de un asalto con violencia.

Recuerdo que era jueves, pasaban las once y media de la noche y estaba frente al televisor cuando recibí una llamada de comisaría.

–¿Sigues interesado en “Manny” Ortega? –preguntaron desde el otro lado–. Javier Manuel Ortega Gonçalves. Así se llama, ¿no?

–¿Tienes algo?

–Lo han detenido hace menos de dos horas. Está en la comisaría de las Ramblas.

–¿De veras? ¿cómo ha sido eso?

–No tengo ni idea. Solo he recibido el aviso.

–Voy ahora mismo.

–¿Qué? ¿ahora? ¿con este frío? Se nota que no tienes una mujer en la cama –rió.

Ignoré su comentario y colgué. Decidí acercarme hasta allí dando un paseo. Ese noviembre era crudo y el aire frío arañaba la piel. Tomé mi abrigo y bajé a la calle. La ciudad estaba envuelta en un manto gélido

bajo un cielo oscuro que amenazaba lluvia. Eché un vistazo al reloj mientras el asfalto crujía bajo mis pies. Tenía las manos metidas en los bolsillos del abrigo. Apenas faltaban unos minutos para la medianoche. Me metí en el coche, que estaba a un par de calles, y me dirigí hacia comisaría.

Las luces de la calle se reflejaban sobre el parabrisas. Miraba a la gente, caminando por la acera como sombras, embutidos en abrigos, con el cuello encogido tratando de evitar el frío desplazándose con zancadas rápidas. Fantasmas sumidos en la oscuridad.

Veinte minutos después llegué a comisaría. Aparqué en una zona destinada al personal. No tenía intención de estar mucho rato. Entré en el edificio y me dirigí hacia recepción, donde atendía un joven de uniforme impecable. Me identifiqué y pregunté por el oficial de guardia. El agente me dirigió hacia una oficina que estaba al final de un largo pasillo que hacía forma de "T". Le di las gracias y enfilé por el ancho pasillo hacia el fondo. No tuve que andar mucho antes de que un agente de uniforme que esperaba un café en una máquina me abordase.

–¿Puedo ayudarle? –soltó con una voz que imponía. Sin duda me había tomado por cualquier cosa excepto un inspector.

–Busco a un detenido.

–Diríjase a aquel mostrador. Allí le ayudarán.

Le agradecí la ayuda con un gesto breve y me dirigí al mostrador. Allí aguardaba un tipo rudo, de unos treinta y pocos, con una diminuta perilla que estaba concentrado en unos papeles bajo el mostrador que quedaban fuera de mi vista.

–¿Sí? –soltó intuyendo mi presencia sin levantar la mirada.

–Soy el inspector Bosch, de Robos –solté enseñando la placa–. Tienen ustedes a un sospechoso de asalto. Lo han detenido esta noche.

El agente levantó la mirada y echó un vistazo desganado a la placa y luego a mí.

–¿Cómo se llama el detenido?

–Manuel Ortega Gonçalves. Colombiano, cuarenta y pocos años...

El agente me interrumpió con un pequeño grito con el que llamó a un tal Héctor. Al cabo de un segundo apareció con un "¿sí?" el agente anterior con vaso de plástico de café humeante en la mano. El uniformado

no pudo simular su sorpresa cuando me vio guardar la placa.

–Buscan a tu detenido –aulló volviendo a su tarea si es que alguna vez la había abandonado.

–Manuel Ortega Gonçalves –repetí–. Es sospechoso en uno de mis casos. Le han detenido sobre las nueve y media.

–Está en el calabozo –aulló acompañando un gesto de la cabeza todavía un tanto aturdido por la sorpresa –. Sígame.

Héctor echó a andar y me coloqué a su lado.

–¿Por qué le han detenido?

–Recibimos aviso de que había dos hombres armando alboroto en la calle, así que nos desplazamos hasta allí. Al llegar comprobamos que había dos tipos que se habían enfrascado en una acalorada discusión. Les abordamos y les identificamos. Comprobamos que Ortega estaba requerido y lo detuvimos.

–¿Opuso resistencia?

–Ninguna. La normal para un hombre ebrio.

–¿Cómo de ebrio iba? Del uno al diez.

–Se sostenía en pié, pero poco más. Hubiera durado poco en una pelea. El otro era más liviano, pero estaba más entero.

Seguimos andando unos metros. Héctor apuró el café de un trago, arrugó el vaso con rabia y lo tiró a la papelería.

–¿Por qué se peleaban? –inquirí.

–Se acusaban mutuamente de haberse estafado –respondió–. A saber. Parecían haberse pasado con el alcohol.

–¿Identificaron al otro hombre?

–Sí, pero no tenía nada pendiente y lo dejamos marchar.

–¿Recuerda su nombre?

–Lo tengo anotado –murmuró sacando una libretita de uno de los bolsillos de su pantalón y giró un par de páginas–. Aquí está: Julio

Edgardo Santos Varela. Era colombiano. Tenía todo en regla.

Saqué mi libretita particular, me detuve y anoté el nombre. El agente se detuvo a mi lado y echó un vistazo fugaz.

-¿Ese tal Edgardo Santos es de su interés?

-Ortega, el detenido, es más conocido como "Manny". Es más que un matón. Está implicado en un asalto donde participaron otros tres. Ha estado desaparecido durante varias semanas y ahora aparece enfrascado en una pelea. Suponiendo que esa trifulca haya sido por algo relacionado con el robo, ese tipo podría estar implicado y ser de mi interés. Tal vez tengan un desacuerdo y aprovechando esa circunstancia "Manny" quiera hablar.

-¿Va a interrogarle?

-Depende.

-¿De qué?

-De si quiere hablar y o si pide un abogado. Es un delincuente de carrera. No es la primera vez que le detienen. Es listo, por eso nunca ha acabado en prisión. Sabe de qué va esto. Es un profesional. Lo más probable es que no quiera decir nada. ¿Ha hecho una llamada o ha pedido hacerla?

-No que yo sepa -respondió negando con la cabeza.

Nos adentramos en las entrañas del edificio con paso firme, pasando por delante de puertas abiertas y otras cerradas con carteles pegados con celo y escritos a mano hasta que por fin llegamos hasta los calabozos. "Manny" estaba tumbado sobre un colchón. Era un tipo corpulento, con una ligera telaraña de pelos que formaban una barba descuidada. Su pelo y su piel eran de un moreno intenso. Era un tipo no especialmente delgado, aunque fibroso. Era una bestia de noventa kilos que podría arrancarle la cabeza a cualquiera de un solo golpe. Lucía una sucia sudadera de marca que apestaba a cerveza a diez metros a la redonda. A primera vista no parecía alguien que se hubiera hecho con un generoso botín. Nos dedicó una mirada furtiva y desganada mientras nos acercábamos.

-Aquí lo tiene -murmuró el agente con un gesto-. Este es el tipo.

El detenido no hizo ningún gesto y siguió dedicándonos una mirada que nadaba entre la curiosidad y la indiferencia. Como si estuviera de

vacaciones y no le gustara el servicio de habitaciones.

–Hola “Manny” –solté devolviéndole la mirada con algo de interés–, ¿estás cómodo?

Me dedicó una mirada atenta durante unos tres o cuatro segundos. Al acercarme su mirada se endureció.

–¿Qué mierda es esta? –aulló sentándose lentamente en el colchón visiblemente enfadado– ¿por qué diablos me detienen? ¡yo no he hecho nada!

–De eso quería hablarte –solté templado–, ¿puedes responderme a unas preguntas?

–¿Quién es usted? –gruñó deslizando una mirada de desdén– ¿otro policía?

Podría haber aprovechado aquel momento para anunciarle con solemnidad que estaba investigando el asalto a una mansión y él era el sospechoso más sólido que tenía, pero decidí esperar un poco.

–¿Quieres irte a casa? Habla conmigo –solté con la misma serenidad que antes. Eso captó su atención y por un momento dejó su actitud chulesca. Se levantó del colchón y se acercó a las rejas.

–¿Qué es lo que quiere? –inquirió con tono férreo.

–Información sobre el asalto a una mansión, hace un mes.

Su rostro experimentó un casi imperceptible cambio. Ocultó la expresión de sorpresa cuando ya era tarde.

–¿Por qué me pregunta sobre eso? –gruñó–. Yo no sé nada.

Me humedecí los labios y me mantuve en silencio un par de largos segundos.

–Venga, haz memoria –solté sin salir de mi tono calmado–. Está en Pedralbes, es una mansión de color tierra, con un jardín enorme. Tiene un ventanal muy grande en el primer piso y unas escalinatas muy anchas. No puedes haberte olvidado de eso.

–Le he dicho que no sé nada de esa mierda –respondió en tono sereno–. ¿Por qué cojones me pregunta a mí?

-Alguien se llevó una caja fuerte de esa casa.

-¿Qué tiene que ver eso conmigo? -soltó tranquilo-. Hace años que dejé esa vida.

-¿Nunca has estado allí?

-¿En Pedralbes? -rió-. No tengo amigos por esa zona. No acaba de ser mi estilo.

-Te lo pregunto porque hemos encontrado rastros de ADN que te sitúan en la casa.

Su rostro experimentó otro ligero cambio. Permaneció en silencio unos pocos segundos, evaluando sus próximas palabras.

-¿Qué rastros? -aulló a la defensiva-. Eso es imposible. Ya se lo he dicho: Nunca he estado en ninguna casa de Pedralbes.

-¿De veras? -resoplé- Te diré porque estás aquí. Alguien entró en esa casa y se llevó una caja fuerte. Fueron tres. Sé que tú eres uno de ellos. ¿Qué cómo lo sé? De la forma más tonta. Hasta tú te vas a reír. A diez metros de donde reventaron la caja hay un baño. El más pulcro e higiénico que te puedas imaginar. Solo lo utiliza el dueño de la casa. Pues resulta que cuando lo examinamos, alguien que tenía prisa había meado fuera. En un baño que se limpia todos los días eso nos llamó la atención. Imposible no fijarse. ¿Sería posible que alguien fuera tan estúpido? Pues mira: cuando hicimos el análisis de ADN descubrimos que sí.

Se hizo un tímido silencio que apenas duró unos segundos. Cada uno decidía que decir dependiendo de la reacción del otro. Miré sus ojos oscuros, intentando penetrar en la fragilidad de su alma mientras él intentaba lo mismo conmigo. Héctor, espectador de la escena, disfrutaba del espectáculo sin perder detalle.

-Miente -soltó "Manny" sereno.

-También tengo un testigo que te ha situado en el escenario.

"Manny" soltó una carcajada.

-Una mierda -soltó entre carcajadas-. Eso es lo que tiene: Una puta mierda. Me está vacilando.

-Al contrario: Tengo tu ADN y un testigo. Te tengo cogido por donde más duele. Tu carrera se acabó.

De pronto sus carcajadas cesaron de golpe.

–¿Mi carrera? –estalló– ¡Váyase a la mierda! ¿me oye, idiota? ¡jódase! ¡quiero hablar con mi abogado ahora mismo!

Hice una mueca breve y permanecí inmóvil, con la mirada fija en la suya.

–De acuerdo –murmuré como si me hubieran descubierto–. Se acabó la charla de poli. Hablemos de hombre a hombre. Cinco minutos. Si después sigues queriendo un abogado, que así sea –hice una pausa y continué–, ¿te apetece un café?

“Manny” me miró sin saber cómo reaccionar. Al cabo de unos segundos hizo un gesto de asentimiento. Saqué una moneda y le pedí a Héctor que fuera a buscar un café. Éste, que hasta ese momento se había divertido con el numerito, me devolvió una mirada irritada, y tras unos instantes tomó la moneda y desapareció.

–Hablemos claro –murmuré–: Lo tienes complicado. Tu abogado te dirá lo mismo. El ADN es una firma biológica única. No hay dos iguales, y el tuyo está en el escenario. Con eso ya es suficiente para acusarte formalmente. Si además le añadimos un testimonio que te incrimina directamente, casi puedo decirte que vas a estar una larga temporada en prisión. Dicen que Cuatro Camins está bien en esta época del año. Allí no te sentirás solo. Alguien tan atractivo como tú hará amigos enseguida.

–¿Cree que eso me intimida?

–Claro que no: Eres un tipo duro –dije apoyando la espalda en la pared–. Te dedicas a un trabajo peligroso. No creo que te asustes fácilmente. Solo te digo como están las cosas.

El colombiano mantuvo su mirada fija en mí unos instantes.

–Pierde el tiempo –aulló con serenidad–. Váyase a casa. Yo haré lo mismo mañana por la mañana.

–Hace menos de media hora estaba calentito bajo una manta, tumbado en mi sofá viendo una buena peli, ¿crees que he venido a charlar contigo porque me aburría en casa?

Su rostro mantenía una expresión de serenidad.

–¿A qué cojones ha venido entonces? –preguntó.

–A explicarte tu situación. Y no estoy hablando de lo que podría decirte tu abogado. Estoy hablando de los que colaboraron contigo en el asunto

de Pedralbes.

–Deje ya eso –aulló con desdén–. No he participado en ese tema.

–Sí, ya me lo has dicho, pero con todo lo que tengo, Tu ADN y mi testigo, perdona si no te creo. El asunto es que cuando tus amigos sepan que te hemos trincado por eso y que vas a ir a la cárcel, pensarán y con razón, que podrías traicionarles para salvar tu pellejo de varios años a la sombra, ¿y sabes cuál es la conclusión más lógica y económica a la que llegarán? Que los muertos no hablan. Y eso es sólo la mitad de tus preocupaciones.

“Manny” se volvió, se sentó sobre un lado del colchón y me dirigió una mirada intensa.

–No me preocupa, ¿sabe por qué? Porque no sé nada de eso.

Hice una mueca de disconformidad y ladeé mi cabeza. Por algún motivo que desconozco, eso inspira confianza en los demás.

–¿Sabes a quien pertenece esa casa? –pregunté sereno, como si tuviera todos los ases en la mano– ¿sabes de quién era la caja que os llevásteis?

–Ni lo sé ni me importa –rugió antes de tumbarse en el colchón, despreocupado–. Hágame un favor y lárguese.

–Deja de hacerte el gallito –elevé el tono por primera vez en la conversación–. No me impresionas.

–¿En serio? –rió irónicamente.

–¿Te suena el nombre de Jesús Lozada?

–¿Debería? –aulló con ironía el detenido.

–Tal vez te suene su apodo: le llaman “Casper”.

Se hizo un silencio largo. Aquel nombre le sonaba. Todo el mundo conocía la reputación de aquel apodo. Me miró fijamente.

–Miente –soltó secamente.

–¿Eso crees?

–Nadie le robaría a “Casper”.

–Alguien con sentido común no, pero tú lo has hecho –solté con seguridad–. Y lo que es más importante: seguramente él también lo sabe.

A estas horas ya sabrá tu nombre, donde vives y con quién...

Supuse que eso bastaría para captar su atención y que se tomara en serio su situación. No tardó ni tres segundos en incorporarse con expresión desencajada.

–Miente –repitió con una mezcla desigual de miedo y rabia.

–Por desgracia para ti, no –respondí pausadamente–. ¿Quieres explicarme como llegó tu ADN a esa casa?

Una sensación de horror e impotencia se adueñó de su rostro.

–¿“Casper”? –inquirió– ¿en serio era su casa?

–Completamente.

Se quedó en silencio mientras su rostro se desencajaba por momentos. Abrió la boca y la cerró varias veces, como un pez fuera del agua, antes de conseguir articular palabra.

–Yo... yo... no he... no, no, no... Dios... mi mujer... ¡Oh, Dios mío!–balbuceó antes de taparse la boca con las manos.

–Tranquilo –murmuré–, ve más despacio. ¿Hay algo que quieras decirme?

El terror cristalizado en su rostro definía con nitidez la naturaleza de los pensamientos que le pasaban por la cabeza. Decidí dar una nueva vuelta de tuerca.

–¿Todavía estas con esa chica? ¿cómo se llama? ¿Blanca?

En sus ojos se dibujó un pequeño reflejo de debilidad. Se mantuvo en silencio. Era como asentir. Su cabeza debía arderle.

–¿Qué carajo le importa? –aulló con rabia y desprecio.

–Debe quererte mucho si todavía sigue contigo a pesar de los disgustos que le das.

Se hizo otro breve silencio. “Manny” tardó menos de un segundo en reaccionar. La expresión de su rostro se llenó de arrugas y en sus ojos brillaba un destello furioso. Se levantó del colchón y acercó a los barrotes en actitud amenazadora.

–A ella déjela al margen –rugió–. Ni se le acerque.

Mi rostro no registró ninguna actividad. No moví ni un músculo. Sus amenazas solo eran humo.

–Piensa un poco –aullé–: Esto ya no va solo de ti. ¿Crees que los amigos que te acompañaron en Pedralbes se quedarán tres, cinco o siete meses esperando a que no hables? Son profesionales. Hay cosas por las que no vale la pena jugársela. Además, ¿crees que puedes permitirte estar en prisión tanto tiempo? ¿crees que estarás seguro allí?

De pronto, tras unos instantes de silencio, se rehízo.

–Es usted muy convincente –aulló con una media sonrisa en los labios–. Casi me lo creo. Sus cinco minutos ya han pasado –soltó en tono amenazante–. Ya ha dicho lo que tenía que decir. Ahora desaparezca de mi vista.

–Aún hay algo más –murmuré–: Las deudas de juego que tienes con Nixon. Eres idiota si crees que va a esperar cuatro o cinco años a que salgas de prisión para cobrar. Conozco sus métodos. Si tú no puedes pagar, la deuda pasará a ella. La cobrarán de un modo u otro, y ya sabes lo que significa eso. Ese tipo no va a dejarla al margen, te lo aseguro. Quiere su dinero. Cuando se entere de que estas fuera de juego y no puedes pagar, sus matones le harán una visita de cortesía para explicarle la situación –hice una mínima pausa estratégica para añadir mayor énfasis a la sentencia final–. La has cagado del todo. ¿No te parece gracioso que tú sepas la mitad de la historia y yo la otra mitad? Necesitas saber mi parte de la historia para saber lo jodido que estás.

Cogió los barrotes de la celda y los apretó con rabia hasta que los nudillos se le quedaron blancos. Quizá pensó que eso me intimidaría.

–Es muy optimista en cuanto a sus posibilidades –soltó–. No me asusta su historia del ADN. Seguro que mi abogado tiene una historia mejor para eso. Y en cuanto a lo de Nixon, le he estado pagando y le pagaré hasta el último céntimo. Yo pago mis deudas.

Me acerqué pausadamente a los barrotes. Apenas un metro y medio nos separaba.

–Ahora eres tú el que se toma la situación con optimismo –murmuré con decisión–. No vas a ir a ningún lado. Ni mañana, ni pasado ni la próxima semana. Ningún juez te va a soltar con tu historial y el consiguiente riesgo de fuga cuando vea las pruebas que tenemos contra ti. Mi consejo es que empieces a tomarte en serio tu situación. Vas a estar una larga temporada en prisión. ¡Ah! Y no te olvides de “Casper”. ¿Crees que va a permitir que tú o cualquiera que haya entrado en su casa se

vaya de rositas? No lo creo. Tiene una reputación que mantener.

–Largo de aquí –gruñó con desprecio entre dientes. Me dio la espalda y se dejó caer sobre el colchón. Se colocó las manos tras la cabeza y se quedó en silencio.

–Hay otra cosa que juega en tu contra –continuó–. Tenemos otro ADN que todavía no tiene dueño. Estaba pensando en compararlo con el de tu amigo de esta noche, ese tal Edgardo Santos Varela. Si coincide, seguro que es más rápido que tú, consigue un trato, habla hasta por los codos y te incrimina. Es cuestión de horas. Si quieres ayudar a Blanca, empieza por ayudarte a ti mismo.

Poco le duró la pose. Saltó de la cama y me clavó una mirada furiosa que fue aplacándose con el paso de los segundos. Ya no me dejaba intimidar por matones como aquel. Se mantuvo en silencio unos instantes y se humedeció los labios antes de hablar.

–¿Quiere hacer un trato? –aulló.

–Depende –murmuré calmado–, ¿tú quieres hacer un trato?

–Le diré todo lo que quiera saber, pero sáqueme de aquí ahora.

–¿Tengo cara de idiota?

–Puedo contarle la mitad de la historia que no sabe –hizo una pausa mínima y continuó–. Puedo darle nombres.

–¿Nombres que ya sé ó que voy a tardar uno o dos días en averiguar?
–solté meneando la cabeza– “Manny”, estas jodido.

–Puedo decirle donde va a ser el siguiente golpe –soltó precipitadamente.

–Contigo entre rejas no va a haber siguiente golpe. Esa es tu realidad. No tienes nada con qué negociar. Confiesa y diré que has colaborado. Eso es mejor que nada.

“Manny” soltó una pequeña carcajada.

–Ahora cree que el de la cara de tonto soy yo –respondió con rabia.

Aquella conversación no iba a ningún sitio, así que antes de que se encallara más, le di un empujoncito.

–No voy a ponerte de patitas en la calle, pero puedo hacer algo mejor –solté sacándome el arma de la funda y extrayendo el cargador. El rostro

de "Manny" pasó de incredulidad a desconfianza y se transformó en una creciente sensación de miedo-. Puedo ayudarte a encontrar la tranquilidad.

-¿Qué... Qué está haciendo? -preguntó con la voz confusa y rota retrocediendo un par de pasos temerosos.

Me acerqué a los barrotes y estiré el brazo, ofreciéndole el arma.

-Ten, cógela -murmuré con serenidad-. Tiene una bala en la recámara. Puedes dispararme a mí o dispararte a ti. Piensa en tu situación, en lo que sería más beneficioso para ti.

-No la quiero -murmuró con una expresión entre confusión y miedo en su rostro-. Aparte eso de mí.

-¿Estás seguro? -solté-. Eso pondría fin a todos tus problemas.

-¡No quiero esa mierda! -chilló con la mirada ya instalada en el pánico- ¡Guardia! ¡Guardia!

Di un breve suspiro y permanecí inmóvil mientras estudiaba la expresión de terror frío que se había petrificado en su rostro, en sus ojos vidriosos. Su antaño reputación de matón a sueldo sin escrúpulos parecía una fantasía en aquellos momentos.

-¿Estás seguro? -pregunté-. No volveré a hacerte esta oferta.

-¡No quiero su maldita arma! -tronó con la espalda hundida en la pared de la celda- ¡guarde esa pistola!

-Creo que no comprendes tu situación. Ya estás muerto. Solo eres un matón de medio pelo. Como tú hay cientos por la calle. Eres prescindible. No creo que tu jefe quiera correr riesgos contigo.

-¿Qué carajo quiere de mí? -soltó con voz temblorosa. Su mirada no se apartaba del arma.

-Tú no me interesas. Por desgracia para ti, solo eres una pieza de este rompecabezas. Quiero al pez gordo. La ballena. El que planeó el robo. Sé quién hay detrás, pero necesito pruebas. Puedo ayudarte, pero tienes que darme detalles, cuantos erais, que buscabais, los nombres de todos los que participaron en el golpe y diré que has colaborado.

-Eso no me sirve -aulló-. Sáqueme de aquí y le diré todo lo que quiera saber.

–Lo que quiero saber lo sabré mañana o pasado. Es cuestión de horas. No te necesito para llenar los huecos. Me da igual si confiesas o no.

–Miente –soltó con miedo–. Por eso ha venido aquí. Ha dicho que necesitaba pruebas. Puedo proporcionarle información.

–Te diré cómo lo haremos –negué con la cabeza–. Primero me cuentas todo lo que sabes y después hago mis gestiones. Este es el trato. Ya te tengo pillado. Que atrape al resto es cuestión de días.

–¿Me toma por un jodido estúpido? –aulló– ¡Si le digo lo que quiere saber me van a dar por culo!

–Te van a pasar por la piedra de todas formas. La cuestión es...

–¿Qué coño pasa aquí? –tronó Héctor, que había aparecido sigilosamente, como una sombra, con el café en la mano. Todos interrumpimos lo que estábamos haciendo y nos volvimos a mirarle. Llevaba en su cara una expresión de incredulidad y asombro difícilmente repetibles– ¿qué está haciendo? –me preguntó directamente– ¿por qué le está entregando su arma?

Hubo unos segundos de silencio. No pude evitar esbozar una tímida sonrisa al ver a Héctor con el vaso humeante en la mano. Debía sentirse como un estúpido al que mandan a por hielo. Así me sentiría yo. “Manny” se quedó pensativo durante aquellos largos segundos de silencio en los que Héctor estudiaba la situación.

–No pasa nada –solté enfundándome la pistola con tranquilidad–. Estamos negociando su colaboración.

–¿Por eso le estaba entregando el arma?

–Te estoy explicando gráficamente su situación –murmuré volviendo a fijar la mirada en “Manny”–. Este es el trato: me cuentas lo que sabes y me das el nombre de todos los que participaron en el asalto y diré que has colaborado. De hecho, estoy dispuesto a mejorar mi oferta: hablaré con ese usurero de Nixón y le haré entender que Blanca está al margen de tus chapuzas. Es mi última oferta y expirará en cuanto salga de aquí. En un minuto o menos.

–¿Qué cree que está haciendo? –tronó Héctor furioso acercándose a mí–. Se ha extralimitado. Voy a informar de esto a mi superior.

–¿Puede esperar un momento? –pregunté y aquello sonó tan cómico que incluso Héctor se preguntó si le estaba vacilando.

-¿Esperar a qué? –tronó-. Creo que ya he visto suficiente.

-Cálmese –respondí sereno-. Deme un respiro, ¿quiere?

Aquello enfureció más a Héctor.

-¿Le ha amenazado? –preguntó dirigiéndose a “Manny”- ¿Este hombre le ha amenazado?

-Nadie ha amenazado a nadie –respondí con serenidad.

-¡Usted cállese! –estalló de repente- ¡Conteste! ¿le ha amenazado este hombre?

-Hemos hablado y, si no he entendido mal, ya me ha confirmado su participación en los hechos y ha rechazado la asistencia de un abogado, ¿estoy en lo cierto?

-¡Cállese! –tronó con un tono que no admitía discusión- ¡No se lo repetiré! ¡Quiero que me lo diga él!

Hubo un pequeño lapso de silencio que duró unos segundos en los que “Manny” no dijo nada. Se limitó a tragar saliva, respiró hondo y se tocó la frente, implorando la aparición de una buena idea.

-¡Responda! –su voz retumbó como una explosión- ¿Está diciendo la verdad? ¿Han llegado a un acuerdo?

La mirada de “Manny” se apartó de Héctor y me miró fijamente.

-¿Ha terminado el interrogatorio? –insistió el agente al no obtener todavía una respuesta.

Tragó saliva antes de hablar.

-Yo... es... –musitó en un hilo de voz.

-¿Qué está diciendo? –tronó Héctor-, ¡Deje de tartamudear y hable más alto!

“Manny” tragó saliva y se sentó en el colchón como si llevara un pesado fardo a la espalda.

-Estamos hablando –murmuró débilmente-. Todo está en orden.

La expresión de Héctor se ensombreció ligeramente al tiempo que me dedicaba una mirada teñida de furia contenida. Suspiré e inicié el interrogatorio. Tomé el café de la mano de Héctor y dejé el vaso

humeante sobre los barrotos.

-El asalto de pedralbes, ¿de quién fue la idea? -pregunté.

"Manny" tragó saliva y meneó la cabeza.

-No tan deprisa -murmuró con firmeza-. Si voy a hablar, quiero garantías. Quiero ese acuerdo por escrito.

-No es necesario -solté señalando a Héctor-. Él es testigo de tu colaboración y lo pondré en mi informe.

-Esto no es negociable -soltó-, ¿me toma por idiota?

-Yo también pago mis deudas. Me he comprometido a hablar con Nixon y encontrar una solución a la situación de Blanca. Este trato expirará en cuanto cruce esa puerta. Nadie te va a ofrecer nada mejor porque aquí dentro no le importas a nadie. Pero deja que te diga algo más: si me mientes, aunque sea en lo más mínimo, te quedarás sin nada, ¿entendido?

"Manny" mantuvo su mirada afilada y asintió al cabo de unos segundos. Estaba atrapado en una situación en la que nunca antes había estado. Se pasó la mano temblorosa por la boca y mantuvo su silencio un poco más antes de empezar a hablar

-Entendido -respondió titubeante sin entusiasmo.

Le dediqué una mirada firme. Lo más difícil estaba hecho.

-Empieza por el principio -murmuré.

"Manny" suspiró y tragó saliva. Tenía la mirada fija en el suelo y esperó unos instantes antes de empezar a hablar.

-Dejé esta vida hace años. La violencia, lo de ser un matón. Quiero que lo sepa. Llevaba limpio más de seis años antes de que pasara esto. Blanca me hizo cambiar.

-¿Vas a decirme que esto también lo has hecho por ella? -aullé con un ligero toque de ironía.

-Al principio todo iba bien. Teníamos dinero, compramos un piso, los dos teníamos un buen trabajo... pero luego todo se torció. Perdí el trabajo, Blanca empezó a hacer menos horas, comencé a tener deudas de juego, el dinero se agotó, la hipoteca, las facturas, todo se fue acumulando...

El típico sentimentalismo barato que todo delincuente exhibe tarde o temprano. El resumen es que son humanos, frágiles y la vida no les ofrece otra salida que delinquir. Me lo sé de memoria.

-Háblame del robo de Pedralbes -interrumpí.

El hombre tomó aire con fuerza, estiró las piernas y levantó la mirada hasta hacerla coincidir con la mía

-Hace unos meses conocí a un tipo que me dijo que sabía de un asunto que podía ser muy beneficioso.

-¿Su nombre? -pregunté sacando la libretita y un bolígrafo que llevaba en el abrigo.

-Edgardo -soltó-. Es el tipo con el que me enfrenté esta noche.

-¿Por qué discutíais?

-Porque me engañó. En la caja, aparte del dinero, había más cosas.

-¿Qué otras cosas?

-Documentos, papeles. Los metió en una bolsa. Dijo que no eran importantes. Hace un par de días me enteré que va alardeando de que vendió esos documentos por 50.000 euros. ¡Ese hijo de puta incluso me lo ha reconocido!

-¿A quién se los vendió?

-No lo sé. Solo sé lo que me dijeron. ¡Menudo bocazas! Lo va diciendo por ahí a todo aquel que quiera escucharle.

Me humedecí los labios.

-¿Cómo le conociste?

"Manny" suspiró como si intentara hacer memoria.

-En un bar de la calle Bofarull. Está junto a una tapicería. Solía ir los sábados por la tarde. Se reunía con un grupo de sudamericanos después de jugar al fútbol. También tenía negocios con moros.

-Continúa.

-Yo solía ir por allí a menudo. Está cerca de mi casa y conozco a mucha gente. Edgardo apareció por allí un día, hará menos de un año. Nos fuimos viendo durante varias semanas. Un día me invitó a una cerveza y

empezamos a hablar. Me caló enseguida. Dijo que reconocía a los que habían estado en prisión. Supongo que me estaba tanteando. Dos o tres semanas después me dijo que me veía apurado, y que podía ayudarme. Me pilló en mi peor momento. Dijo que si necesitaba dinero y estaba dispuesto a arriesgarme, podía ofrecerme algo. Me explicó que estaba buscando gente para un trabajo, pero que necesitábamos ser al menos uno más y deberíamos conseguir armas. Dijo que sería arriesgado, pero que nos llevaríamos un gran botín con el que se acabarían mis penalidades.

Se hizo un tímido silencio por espacio de un par de segundos.

–Sigue –murmuré mientras anotaba en la libreta–. ¿Qué paso después?

–Un día apareció con otro tipo, un marroquí. Dijo que quería participar en el negocio y que sabía cómo conseguir armas.

Los que dicen que pueden conseguir armas la mayoría habían estado en prisión. Pensé que a ese también lo habría calado.

–¿Cómo se llamaba?

–Icham ó Hicham o algo así. No sé el apellido. Nunca antes le había visto.

El nombre probablemente era falso, pero también lo apunté.

–¿Cómo sabes que era marroquí? –pregunté.

–No lo sé –murmuró–. Edgardo me dijo que tenía negocios con marroquíes y ese lo parecía.

–Antes has dicho moros –insistí–. Que tenía negocios con moros.

–Moros, marroquíes, para mí son lo mismo –respondió haciendo un gesto de indiferencia.

–¿Edad?

–No lo sé. Aparentaba unos cincuenta y tantos, pero no los tenía. Estaba muy quemado. Tendrá unos cuarenta y pocos.

–Describemelo.

Suspiró y mantuvo una pausa de tres o cuatro segundos.

–Delgado, muy moreno de piel, de pelo corto, rizado... Lleva un montón

de anillos en los dedos y un colgante con un ojo de color azul.

Aunque correspondía con la mayoría de marroquíes conocidos, anoté la descripción física en mi libreta.

-¿Algo más?

-No era muy hablador.

También anoté esto último.

-Dame más detalles, ¿de quién era el plan?

De nuevo una pausa, esta de cinco o seis segundos.

-De Edgardo. Él planeó el robo. Dijo que sabía de una casa en la que había mucho dinero y apenas existía riesgo. Lo pintó como si fuera un chollo. Tenía un contacto que nos proporcionó mucha información sobre la casa. Tuvimos una reunión en la que nos entregó un plano y nos dio detalles sobre la gente que había en la casa, la alarma y la situación de la caja. No parecía que fueran amigos. Nos dio la información y le pagamos.

-¿Cuánto dinero se llevó?

-No estoy seguro. Creo que unos 3.000 euros.

Coincidió con la cantidad que nos había dado el ex miembro del personal que había trabajado en la casa y que había sido despedido. Parecía que hasta el momento, "Manny" decía la verdad.

-¿Dónde fue esa reunión?

-En una casa de campo, en las afueras. Cerca de Viladecans. Es todo lo que sé. No sabría volver. Fuimos dos veces y las dos de noche.

-¿Qué hicisteis allí?

-Poca cosa -respondió meneando la cabeza-. La primera vez fue un mes y medio antes del robo, para hablar con aquel tipo y empezar a preparar el golpe.

-¿Y la segunda?

Suspiró y demoró su respuesta un par de segundos.

-Para abrir la caja -soltó.

Ahí cometí mi primer error de la noche. Quizá fuera el segundo o el tercero. Supongo que se me escapó un destello en la mirada. Traté de reponerme, pero ya era tarde.

–Háblame de esa casa –solté-. Dame detalles.

Meneó la cabeza levemente.

–Estaba hecha polvo, aislada. La puerta no tenía ni cerradura. Estaba todo muy descuidado. Estaba en medio del campo. Parecía que estaba abandonada pero había luz. Fuimos de noche. No se veían luces cerca.

–¿Quién os llevó hasta allí?

–Nos llevó Icham ó Hicham en su furgoneta. Sólo nosotros tres.

–¿Recuerdas la matrícula, marca, modelo, color...?

–Era una Mercedes Vito de color blanco. No me fijé en la matrícula. Dijo que la había comprado de segunda mano. La utilizamos para trasladar la caja después del golpe.

–¿Qué había en la caja?

–Tal como había asegurado Edgardo, dentro había mucho dinero. Tocamos a unos 240.000 euros por cabeza. Y esos papeles de los que le he hablado antes, pero yo no los ví. Solo me fijé en el dinero.

Asentí con la cabeza y me humedecí los labios.

–¿Qué hicisteis con las armas?

–Se las llevó el marroquí. Acordamos que él las guardaría.

–¿Para cuando las volvierais a necesitar? –pregunté– ¿Ibais a dar otro golpe?

–Con lo bien que nos había ido Edgardo bromeó con hacer algo más. La cosa se quedó ahí.

Le devolví una mirada inquisitiva que se encontró con un rostro impassible como respuesta.

–Ya –murmuré sin demasiado convencimiento–. Háblame del cuarto hombre.

“Manny” mostró una expresión sorprendida en el rostro.

–¿Cómo sabe que había un cuarto hombre? –aulló sorprendido.

Le dirigí una mirada afilada.

–Porque soy muy listo, ¿no se me nota?

El tipo sonrió como si le hubieran pillado en un farol.

–Así que sabe más de lo que parece... –murmuró.

–Soy policía. A menudo, cuando hago una pregunta, lo más seguro es que ya sepa la respuesta. De esta manera puedo saber si mientes.

–Y hasta ahora no he mentado. En nada.

Una ambigua sensación de alarma saltó en mi cerebro.

–El cuarto hombre –insistí–. Háblame de él.

“Manny” se quedó mirándome, quieto, sopesando sus opciones.

–Se acabó –soltó.

–¿Se acabó? –repetí un tanto incrédulo.

–Si quiere saber más, traiga ese acuerdo por escrito. En cuanto lo revise mi abogado y todo esté conforme, le contaré el resto.

–Mañana quizá ya sea tarde para hacer ningún trato –intenté–. El momento es ahora.

“Manny” se levantó de la cama y se acercó lentamente.

–Le falta lo más importante: el porqué. Y hay otra cosa que no sabe y que necesita saber. Le faltan dos piezas importantes para llenar los huecos. Sin eso, solo tiene paja. Es lo mismo que nada.

Los dos supimos que estábamos encallados en un punto muerto. Él sabía que yo le necesitaba y yo, que le necesitaba a él. Era un empate técnico.

–Ese no era el trato –intenté.

–Los tratos se renegocian.

-No es una de mis costumbres.

-Mi voluntad es colaborar. Por eso le diré algo más: Quién abrió la caja era un profesional. Tardó menos de dos horas en hacerlo. Pero no estaba solo.

-¿Quieres decir que había incluso un quinto hombre?

-No diré nada más hasta que tenga el acuerdo por escrito -respondió lentamente.

Le miré durante un par de segundos.

-Una última pregunta. Con un sí o un no me vale: ¿Era "Kojak"?

"Kojak" era uno de los últimos tiburones que quedaban, uno de los tipos más escurridizos del mundillo criminal. Alguien dotado para burlar sistemas de seguridad, planear golpes arriesgados y lucrativos. Un cerebro con décadas de experiencia rodeado de los medios y el equipo adecuados. Tenía lucrativos negocios legales con los que se permitía vivir en el lujo. No tenía necesidad de delinquir, pero en el Grupo se tenía el convencimiento de que estaba detrás de al menos dos golpes de altura en los últimos cuatro años. Había organizado el robo de valiosas obras de arte en la mansión de una rica empresaria y el secuestro de un agente de aduanas para adueñarse de un contenedor que presumiblemente contenía una gran cantidad de equipos electrónicos valorados en algo más de tres millones de euros. No podíamos probarlo, pero lo sabíamos. Habíamos pillado a uno de sus colaboradores habituales por otro tema, aunque al presionarle no incriminó a nadie. Sus colaboradores le eran leales y por lo que sabíamos, él también lo era con ellos. Por eso era difícil pillarle. Pero tal vez "Manny" pudiera brindarme una vía de acceso.

-¿"Kojak"? -rió con una sonrisa de incredulidad-, el único que conozco juega en Primera División. ¿Qué tiene que ver con esto?

-Esa es la mitad de la historia que no sabes -murmuré sereno.

Soltó una carcajada que silenció al instante. La idea resultaba totalmente descabellada.

-Al contrario de lo que crees, no se trataba de un golpe fácil -solté con decisión- ¿Y si te dijera que sabemos que "Kojak" está detrás de todo esto, qué él fue quien lo planeó todo, quien lo organizó para que si algo salía mal, pudiera salir limpio de todo eso?

Durante unos pocos segundos no supo exactamente cómo reaccionar.

Estaba confuso ante aquella posibilidad.

–¿Qué diablos está diciendo? ¿“Kojak” implicado en esta mierda? –rió levemente–. Diría que no es su estilo. Nunca se mezclaría con gente como nosotros. El contrata otro tipo de profesionales.

–Normalmente es así, pero esta vez es diferente.

–¿Por qué es diferente?

–Vosotros no tenéis ninguna conexión con él. Es perfecto. No quiere que nada le implique, por eso os ha utilizado para que hagáis el trabajo sucio que él no puede hacer.

–Creo que no le entiendo.

–Lozada, alias “Casper”, era un antiguo socio de “Kojak”. Dieron varios golpes juntos cuando todavía no eran conocidos. Empezaron su carrera juntos. Se iniciaron en el negocio, por decirlo de alguna forma. Hace unos años, tuvieron una serie de diferencias y separaron sus caminos.

–¿Y por qué querría robarle ese dinero? –insistió–. Esto es una miseria para alguien como él.

–Se dice que tienen cuentas pendientes entre ellos.

–Eso es una completa locura –aulló el detenido con incredulidad.

–¿De veras? ¿Nunca le viste en alguna de esas reuniones o se le mencionó?

–Desde luego que no –soltó con firmeza–. Aunque sé algo jugoso que podría ayudarle.

Promesas. Siempre promesas e incertidumbre.

–¿Teníais previsto arrancar la caja o eso lo improvisasteis?

El tipo mantuvo su mirada fija sobre la mía.

–¿Tenemos un trato? –preguntó con la mirada fija en la mía.

Emití un suspiro y cerré la libreta.

–Lo tenemos –murmuré–. Descansa. Te veré mañana–hice una pausa de varios segundos y continué–. Tómate el café. Ya estará frío. Y no te

preocupes por Blanca. Me encargaré de que esté bien. Preocúpate por ti.

Caminé unos pasos y cuando iba a salir me detuve. Me volví hacia "Manny", que no había variado su postura. Seguía erguido, amenazante.

-Por curiosidad -murmuré-, ¿qué has hecho con tu parte del dinero?

Tardó en reaccionar. Como si le diera vergüenza. Casi pude adivinar lo que había hecho con él antes de que respondiera.

-Soy jugador -dijo con amargura-. Siempre lo he sido.

Me mantuve quieto unos instantes y asentí. Salí de los calabozos acompañado por Héctor, que había sido testigo de toda la escena. Emití un suspiro y saqué de la chaqueta un paquete de caramelos para aclarar la garganta antes de preguntar.

-¿Comprobó si ese tal Edgardo Santos no tenía antecedentes?

-Estaba limpio -respondió Héctor-, ¿por qué lo pregunta?

-Dijo que reconocía a quien había estado en prisión. Seguramente porque él también ha estado allí.

-Si es así, también reconocerá a un poli a un kilómetro.

En aquel momento me detuve y le miré fijamente.

-De un compañero a otro -solté-, ¿quiere preguntarme algo?

-Ya que lo menciona, sí. ¿Qué coño ha sido lo de ahí dentro?
-murmuré-, el numerito de la pistola.

-Así es como trabajo. Se había cerrado en banda. Tú mismo lo has visto. Incluso quería un abogado. Hay algo que debes saber de este trabajo: Todas las relaciones se basan en la confianza. Confías en tu compañero y él confía en ti. A veces, para conseguir ciertas cosas de algunas personas hay que forzar la situación y apelar a la confianza. Solo le he explicado su situación real.

-¿Me ha hecho hacer el numerito del poli bueno y poli malo ahí dentro?

-Sí. Y lo has hecho de maravilla. Ha sido el toque dramático de la historia. El ingrediente necesario para conseguir su colaboración. Como has podido ver, ha funcionado.

-Ya. Y ahora va a pedirme que olvide lo que he visto ahí dentro.

-Exacto. De compañero a compañero –solté con una breve sonrisa-. Nunca se sabe cuando alguien va a necesitar un favor.

El agente se quedó en silencio, mirándome fijamente. En sus ojos veía el reflejo de la duda, el peso de una decisión. Al cabo de unos segundos de silencio, Héctor me devolvió la sonrisa durante unos segundos y finalmente depositó una moneda en mi mano.

-El cambio del café –murmuró antes de proseguir su camino y desaparecer por el pasillo.

Con el tiempo, algunas personas llegan a ser previsibles. Sabes lo que van a hacer y puedes anticiparte a sus movimientos. En el caso de aquel tipo, lo vi muy claro. Tras unos instantes de intensas dudas reinicié la marcha y salí de la comisaría. El frío de la calle se había intensificado. Me subí el cuello de la chaqueta y eché a andar hacia el coche mientras débiles y finos copos de nieve caían sobre la ciudad. Los pensamientos que me venían eran débiles y oscuros fantasmas que no podían dañarme.

Al menos eso creía.